



Peter Pan

JARDIN DE INFANCIA

«El Jardín de Infancia es la primera institución extrafamiliar a la que asiste el niño en su proceso de integración social.».....

N. M. VITA

Ramón y Cajal, 18 - Tel. 457 35 81 (Prolongación C. Espina)

LITERATURA Y SOCIEDAD

Crítica literaria viva y actual



1. Alarcos, Alvar, Amorós, Ayala, Baquero Goyanes, Blewett, Bousón, Bustos, Cardillo, Carpiñero, Catena, Lain, Lapesa, Lázaro, López-Estrada, Martín de Pisón, Mayoral, Salvador, Saco, Sabido y Zamora Vicente

EL COMENTARIO DE TEXTOS

Las más prestigiosas especialistas exploran y levan a la práctica desde posturas críticas muy variadas.

2/ Andrés Amorós

VIDA Y LITERATURA EN "TROTERAS Y DANZADERAS"

Por primera vez, se revisan las claves que permiten conocer esta novela como documento histórico social y creación artística.

3/ Anderson Lambert, Manuel Durón, Seymour Menton, Rodríguez Manegal y otros

EL CUENTO HISPANOAMERICANO ANTE LA CRÍTICA

Un descubrimiento: la raíz de la actual gran novela hispanoamericana.

4/ José María Martínez Cachero

LA NOVELA ESPAÑOLA ENTRE 1939 y 1969

Novela y vida españolas, unidas a lo largo de treinta años.

EDITORIAL CASTALIA

Zurbano, 35. Tel. 419 99 45-419 53-57. MADRID 10

ARTE • LETRAS

de hechos anecdóticos que se nos presentan casi bajo la apariencia de análisis psicoanalíticos. Incluso los personajes secundarios cumplen una función similar a la del especialista médico, ya que sus intervenciones en la acción no tienen otro objeto que el de clarificar ciertas situaciones y dotar de coherencia narrativa al conjunto. Nunca existen por sí mismos, sino a través de la vida absorbente de los protagonistas. Por lo demás, estas se expresan en primera persona del singular. El medio por el cual Pedroló consigue que sus dos casos parciales tengan una dimensión general es simple pero efectivo: en primer lugar, los personajes básicos de ambas historias responden a los mismos nombres (Luis, para los maridos; María Rosa, para las esposas; José María, para los ex amantes delatados; Miguel, para los amantes ocasionales surgidos con posterioridad al matrimonio), y que dan lugar a la definición, en este caso, además, se trata de hombres de raza negra, y sus descripciones son lo bastante ambiguas como para sembrar en el lector la duda de si no se trata de la misma persona en los dos casos); en segundo, Pedroló hace ambivalentes el planteamiento y el desenlace, haciéndonos creer que los dos matrimonios pronuncian las mismas palabras y se comportan exactamente lo mismo ante situaciones muy similares.

En el relato, Pedroló se deja llevar a veces por los convencionalismos, el Luis de clase acomodada, con estudios universitarios, observa siempre una cierta contención y sólo cede a la llamada de la carne cuando cree haber encontrado un verdadero amor. El Luis proletario cae a menudo, por el contrario, en la promiscuidad, elevándose de vez en cuando gracias a una relación más trascendente y profunda. En este caso se da una curiosa coincidencia anecdótica con una de las «Fotografías» que expone Carlos Casilla del Pino en su libro de este título. Sin duda porque el caso expuesto por el psiquiatra cordobés no debe ser infrecuente y porque Pedroló, según nos informa al principio del libro, ha recurrido a un médico psicoanalista, además de a un homosexual, en demanda de información para escribirlo.

Pero lo menos conveniente de la novela resulta ser la situación sentimental de los dos protagonistas cuando aquélla llega a su desenlace, ambos afirman haber descubierto el verdadero amor, el único amor en sus respectivas esposas. Todo lo anterior, por ende, fueron alucinaciones producidas por la enfermedad. Por tanto, el verdadero amor sólo puede darse entre una pareja formada por un hombre y una mujer. Otra omisión o simplificación chocante consiste en que a lo largo de toda la novela, contrariamente a lo que cabría esperar en una temática semejante, no se alude al homosexualismo entre mujeres ni una sola vez, como si tal circunstancia no fuera posible. Aunque la verdad es que el «Diagnóstico General de la Lengua Catalana» (el «Fabra»), en su cuarta edición, de abril de 1966, no recoge término alguno que haga referencia a tales cuestiones. Un verdadero alay de «filología-fleum».

El traductor de la novela al castellano es Francisco Gironella; cuyo trabajo ha sido por lo general riguroso y exacto, excepto en una ocasión, especialmente significativa, el Luis universitario trata relaciones en una playa del litoral catalán con un muchacho inglés, el cual «había aprendido algunas palabras en nuestra lengua apenas las suficientes para entendernos, porque tú ya sabes que yo no sé una palabra de inglés», y que acompañaba a una (la suya) que, por el contrario, «no sabía una sola palabra de nuestra len-

gua, ni hacía el menor esfuerzo por aprenderla». Todo normal, ¿verdad? Pero si consultamos el original comprobaremos que Pedroló escribe «exactamente»: «no sabía ni una palabra de catalán...», «entonces, en vez de la frase transcrita en segundo lugar». ¿Por qué, me preguntaría, hasta el traductor al lector de lengua castellana su matiz tan importante, en el que Pedroló se revela no ya como el excelente novelista político que es, sino como un creador de «ciencia-ficción» que deja tamaños a Loycraft y epígonos? ■ MARTÍN VI-LUMARA.

El laberinto del Tercer Mundo

El concepto de Tercer Mundo —dice Enrique Ruiz García— es un concepto «de castricia y el tiempo equivoco, significación política, económica y casi geográfica». Toda la nomenclatura aplicada a ese enorme conjunto de países que, en general, componen las dos terceras partes de la Humanidad son un equívoco, y al mismo tiempo, una hipocresía de nuestro tiempo. ¿Países subdesarrollados o un país de desarrollo? ¿Mundo del hambre, neutralismo, naciones proletarias? ¿Países pobres? Los nombres han resultado tan efímeros y tan poco válidos como, desgraciadamente, las esperanzas o las ilusiones que se pusieron en ellos, o que ellos pusieron en sí mismos y en el nuevo mundo que debía nacer como consecuencia de una guerra mundial que se suponía ganada por unas fuerzas renovadoras del mundo. Ruiz García es un experto en el tema. Su libro actual (1) es una reflexión sobre un libro anterior, una actualización de nuevos datos y más profundos estudios. Era el anterior «El

(1) «Subdesarrollo e ilusiones» de Enrique Ruiz García. Alianza Editorial, Madrid, 1972.

Tercer Mundo», y la necesidad de revisarlo para una tercera edición hizo nacer éste. Sistemáticamente, el autor examina este Tercer Mundo a partir precisamente del hecho conceptual, de su nombre y de las medidas o normas de clasificación, entra en la teoría del crecimiento, examina largamente los factores directos —como la demografía— e indirectos —la acumulación histórica—, los hechos supuestamente liberadores hasta llegar al examen de la posibilidad de paralización o límite del crecimiento como defensa ecológica en los países desarrollados y sus consecuencias en el mundo del subdesarrollo. La tesis general de Enrique Ruiz García parece ser moderadamente optimista, en el sentido de que la tecnología y la ciencia, liberadas del monopolio que se ejerce actualmente sobre ellas, «de la estrategia del dominio y de la política de potencia», serán factores de liberación para el Tercer Mundo. Para ello, especula sobre la idea de que la bipolaridad desarrollo-subdesarrollo era dependiente o se subsumía en la bipolaridad de las dos grandes superpotencias nucleares, y, por lo tanto, al terminar ésta, terminará aquella, transformándose en una multipolaridad que «posibilita el ejercicio de la liberación», aunque «nada, sin embargo, será dado sin lucha». Se puede sentir que la lucha será dura, sobre todo si las soluciones posibles se miran desde el punto de vista distinto al del autor: es decir, si se puede calcular que la verdadera desgracia del Tercer Mundo comenzó cuando las dos superpotencias comenzaron el entendimiento global que está iniciándose apenas, y la terminología «Tercer Mundo» dejó de tener cualquier valor, puesto que ya no había otros dos entre los que equilibrarse. Muchos ejemplos de intereses, situaciones o re-

voluciones interrumpidos por el entendimiento global pueden aborar este pesimismo. Ruiz García afirma, y ello es cierto, que la transformación del mundo requiere que el crecimiento no pueda ser aceptado como resultado natural de la explotación. No parece, sin embargo, que haya programas concretos en ese sentido; más bien, la idea de la continuación del desarrollo por la vía de la explotación parece aceptada casi tácitamente —digamos, más bien, vergonzantemente—, incluso por las clases dirigentes de los países explotados, clases en continua reducción numérica —las series de golpes de Estado a partir de la descolonización ha ido seleccionando las castas de mando—, pero cada vez más poderosas en sus países, que reciben su parte en la explotación de que son agentes. Probablemente, el drama mayor de lo que llamamos Tercer Mundo es que su esfuerzo de descolonización, de instalación y de recuperación de la nacionalidad ha sido enorme (distinto, naturalmente, según la medida de cada país): le ha desgastado, le ha privado de las enormes fuerzas de liberación acumuladas durante los años de dominio, y le ha dejado frente al vacío. No creo que en la mayor parte de esos países —dejando aparte muchos de los hispanoamericanos en que no se ha desgastado todavía el potencial de las fuerzas liberadoras— se pueda reanudar ese esfuerzo, se puedan reconstruir los cuadros de jefes y la credibilidad popular en la liberación, hasta dentro de muchos años. Es posible que la mayor esperanza por ahora deba venirles de las mismas transformaciones interiores de las sociedades explotadas, un poco a la manera en que Vietnam ha podido terminar —aunque no del todo bien— su lucha liberadora con la ayuda de lo que para sobre-

vivir llamaremos «toma de conciencia» (aunque la cuestión sea más amplia y la idea de conciencia bastante falaz) de la sociedad de los Estados Unidos y muy particularmente de la sociedad occidental. En realidad, todos estos términos son especulativos. Enrique Ruiz García aporta una enorme riqueza de datos históricos y actuales, y una rectitud y una claridad de examen al tema, que pueden ayudar a comprenderlo en toda su envergadura. ■ J. A.

TEATRO

«El matrimonio del señor Mississippi», de Durrenmatt

Veinte años después de haber sido escrita, unos diez después de su primer intento de estreno en España —exactamente en el María Guerrero, bajo la dirección de José Luis Alonso, sin que se llegara a estrenar, después de ensayarla, por «causas ajenas al teatro», según la explicación del adaptador Carlos Muñiz—, cuando es ya una comedia casi polvorizada en la escena occidental, «El matrimonio del señor Mississippi», de Durrenmatt, se ha ofrecido al fin al público español. El esfuerzo se ha hecho en el Arniches, contando con la misma buena versión de Muñiz, sobre un pequeño y mal dotado escenario, para un público que quizá no entenderá siempre la audacia formal y el pensamiento político de la comedia.

La cosa, pese a los veinte años que nos se-

paran de la fecha en que fue escrita la comedia, es comprensible. Suiza —y sobre este punto hizo especial hincapié Hubert Gignoux en un conocido ensayo dedicado al estudio de la obra de Durrenmatt— es un país históricamente caracterizado por su neutralidad; una tierra sin miseria, desde la que socialismo y capitalismo pueden ser observados como dos boxeadores en un ring. Ninguna «contaminación emocional», escasa participación en el problema. Durrenmatt puede hacer de su comunista y de su fascista un par de locos, dos manifestaciones extremas y deformadas de dos ideologías, sin que nadie se tome los personajes al pie de la letra. Y hasta puede inventarse un tercer loco, mezcla de Quijote y de sí mismo, sin que el razonamiento se haga evasivamente delirante. La tesis última —esa tesis que Durrenmatt rehúye— parece bastante clara: ni comunistas, ni fascistas, ni quijotes lograrán cambiar el mundo, encarnado aquí por Anastasia, que posee y engaña a los tres. En un segundo plano, el ministro de Justicia será la imagen del oportunismo, de las fuerzas que, tras las revoluciones, manejan y halagan a las masas en su propio beneficio.

La pregunta, relacionada con los peligros de incomprensión de la obra, sería ésta: ¿En qué medida es «helvético» el pesimismo de Durrenmatt, el matiz especial de una desconfianza también manifestada en otras obras suyas, como, por ejemplo, «Los físicos»? Quizá lo sea por la «lejanía» del dramaturgo, por su posibilidad de manejar los conceptos como un químico podría manejar los elementos. No hay asomo de «compromiso», como si la Historia fuera la historia de «los demás» y el dramaturgo necesitara constatar, conociendo de antemano el final, la inutilidad de los esfuer-

zos de los personajes. Actitud inevitablemente distinta de la que es propia de los personajes que encuentran en su conflicto con el presente la imperiosa necesidad de intentar modificar el curso del relato. Para el suizo Durrenmatt, en fin, la historia no parece una realidad existencial, sino una materia de entomólogo.

Para un europeo no suizo, la perspectiva ha de ser distinta. El tema es demasiado caliente para caer en ese escepticismo elegante y cultivado que caracteriza a Durrenmatt. La actitud contemplativa del suizo es sustituida por otra más activa y próxima, cargados los términos de experiencias concretas, de recuerdos vividos, de tomas de partido. Entre otras razones porque para poder decir que las tres vías, esperimentadas por Durrenmatt en su drama, conducen al mismo lugar es necesario que sean transitables o aparezcan como una alternativa posible para los viajeros.

También la citada esperimentación de Durrenmatt, elemento de su distanciamiento ante el tema, resulta oscura para quien no goza de su «helvetitud». Para nosotros, el discurso queda un tanto falseado, porque esos tres locos acaban siendo caricaturas risibles de las verdaderas posiciones en conflicto. Hasta donde sea esa caricaturización un instrumento de lucidez, de revelación de aquello que permanece imperceptible en los niveles cotidianos de expresión, o hasta donde sea caricaturización falsa y desmadra los términos del conflicto, es siempre difícil de precisar, aunque a mí me parece que, contemplada con la lente utilizada por Durrenmatt, cualquier actitud humana es estúpida, incluso la más razonable. O dicho en otras palabras: que no sabemos exactamente si lo que Durrenmatt quiere es ridiculizar el mesianismo, la ingenuidad de los radicalismos, para

salvar las posibilidades de una interpretación más racional y más lúcida de la sociedad, o si se condenan por igual a locos y cuerdos, considerando a los personajes de la obra encarnaciones globales de las disyuntivas políticas de nuestra hora. El tema aquí planteado es fundamental, puesto que una respuesta u otra nos situará ante un Durrenmatt crítico o ante un Durrenmatt fatalista y radicalmente convencido de la estupidez última de la acción política.

La comedia —sobre la que es abrumadoramente perceptible la influencia de Brecht— es siempre ingeniosa, inteligente, cerebral. Está gobernada por una imaginación que jamás se orienta hacia los efectos cómicos, sino hacia una expresión precisa de ideas. Destruir todo «aroma» didáctico y proponer el discurso a través de una serie de situaciones e imágenes frescas e insólitas es uno de los valores de la comedia, llena de rupturas y de deliberados —como elemento «distanciador» que descompone la obra en piezas y facilite la reflexión crítica— saltos en el tiempo.

El final es el mismo que en la representación francesa, pero no que en el original, donde todos los personajes resucitaban y acentuaban con sus frases el pesimismo del autor. Unas referencias al Quijote —el «quijotismo» como tercer camino, heroico e inútil, frente al comunismo y el capitalismo— serían el verdadero final imaginado por el suizo. Un final cuya comprensión no es fácil desde nuestra circunstancia...

En el Arniches, el esfuerzo es evidente. Primero, a nivel de empresa de compañía, montando una obra discutible, pero de innegable interés, dentro del teatro contemporáneo. Segundo, en el trabajo de Ramón Ballesteros, el joven director, enfrentado con un texto estilísticamente insólito.